

Los motivos del lobo

SIETE RABOS DEL HUMOR

«¿Quién vería tu sonrisa sin deshacerse en lágrimas?»
(NIETZSCHE: «Así hablaba Zarathustra»)

JUAN Estelrich —pensador, ensayista: fue delegado de España en la Unesco— contaba que una vez dio una conferencia en Buenos Aires acerca de Cervantes y «El Quijote». El aula magna de la Universidad estaba repleta de público. Apenas había iniciado unas palabras convencionales de entrada en materia cuando el público prorrumpió en una gran carcajada. Estelrich se desconcertó algo, pero prosiguió: «Las novelas de caballerías de aquellos tiempos... Amadís de Gaula, Tirant lo Blanc...» Una nueva carcajada, e incluso algunos aplausos. Cuando se repitió por tercera vez, Estelrich se detuvo y consultó al rector, que le acompañaba en la presidencia. Este le señaló una errata en la tarjeta de invitación: donde debía decir «distinguido humanista», la imprenta había escrito «distinguido humorista». De lo cual obtenía Estelrich la conclusión de que el humor consiste solamente en decir que se es humorista, o tener fama de humorista: todo lo que se diga a continuación, aunque sea la guía de teléfonos, será ya humorístico para el público. HERMANO LOBO se adscribió desde su primer número a ser un «semanario de humor dentro de lo que cabe». No ha faltado nunca a su propósito. No va a faltar ahora. Está obligado a ello por su propia vocación.

Un grupo nuevo de colaboradores se incorpora en estos momentos a la redacción de HERMANO LOBO. Se suma a los muy buenos y muy ilustres —y graciosos, divertidos, sardónicos, espirituales, ingeniosos, satíricos o sarcásticos e incluso cínicos— que vienen elaborando esta revista: algunos desde su fundación, otros incorporados a lo largo del tiempo. HERMANO LOBO fue un estallido de novedad en el momento de sus aparición. Rompía muchas cosas: irrumpía. Tiene la misma voluntad de irrumpir. Los lobeznos que ahora se incorporan al HERMANO LOBO mayor son, más que lobeznos, cangrejos. Cangrejos ermitaños, de esos que buscan un caparazón donde meterse para sobrevivir dentro de él. Tienen un probado humor. Primera acepción: genio, índole, condición. Estos forajidos —fora exidos, salidos fuera de su sociedad habitual— tienen firmas conocidas de los lectores. Y van a seguir frecuentando a esos lectores en las páginas de un nuevo HERMANO LOBO, de un nuevo viejo HERMANO LOBO. Por las vías del humor. Dentro de lo que cabe. ■



MISTICA Y MECANICA DE LA COSA

PESE a quien pese, dado el carácter oleaginoso de la coordenada insemillante, y ateniéndonos a la mística estricta de la mecánica que se continúa y mecaniza a sí misma, tenemos en principio que, a saber:

La cosa marcha. Y si la cosa marcha, tanto por la fluidez de cauce como por el ímpetu del arco y la tela marinera, quiere decirse que esto está que arde y nosotros donde siempre, ni traidores, ni inconfesos, ni mártires, pero por el catastro hacia Zeus y por Atocha hacia la tierra de la Virgen María. Más o menos. Siempre y cuando que la cosa en sí, referida a una mismidad que se atiende a la pertinencia y blá blá blá, responda, de hecho y de derecho, al más legítimo contrafuero del estar que se estatifica y fin de párrafo.

Por lo tanto: ladren o no ladren, cabalguen o descabalguen, madrugemos para que la Historia nos ayude y optemos por el pájaro en mano y la prima a quien se le arrima, sin miedo y sin tacha, con ruido y con furia, con sangre, sudor y lágrimas, y en lo alto la Torre de Madrid. Es un decir, es un ejemplo, es una metáfora, pero en tanto las ideologías se crepusculizan hacia un mañana que ya es hoy, ensanchemos los cauces, participemos en la participación y desoigamos las voces necias, los oídos sordos, el crujir de dientes y la tira.

A otra cosa. A otra cosa, sí, mariposa, y saca el Güisquí, Cheli, para el personal, que vamos a hacer un guateque como en la discoteque, según reza nuestro amado pueblo, siempre fiel a la consigna primera y al pasquin, enarbolando la grimpola o el gallardete, e incluso ambas cosas a la vez, si preciso fuere, que no están los tiempos para templanzas, el horno para herejes ni la Magdalena para tafetanes. Es lo que siempre hemos dicho y nuestra línea editorial ni se quiebra ni se altera, ni se vende por dinero Manuela la de Jerez. (Corta el rollo que lo piden los talleres). ■

H. L.

QUIEN SABE SI LA RABIA...

Todo vuelve atrás, como si Uri Geller hubiera hecho desandar todos los relojes. Con el «Pim, pam pum» de Olea vuelven los estraperlistas y el sepulcral silencio sobre el maquis. Y vuelven los argentinos, que nos traían

las modas del «Vosotras» y del «Parati» y los silabarios del «Billiken». Y vuelven cosas que no tenían que volver; pero que, ya ven, desgraciadamente, han vuelto. Hay un oscuro gollondrino que hace temblar, pensando que aquellos que dijimos pueden volver también de un momento a otro, en cuanto suene el timbre de la puerta...

(No. Tranquilidad. Era el lechero. Como ustedes saben, a mí me gusta escribir siempre a las cuatro de la mañana...)

Menos mal que también ha vuelto la rabia. A España la rabia y el cólera llegan como la primavera, sin que nadie sepa cómo ha sido. Parece como si todos tuviéramos la culpa de haber traído la rabia, ahora que estamos tan panchos con nuestros gatos —tan europeos—, con nuestros perros, con nuestro «American way of animal life», anuncios por televisión para que coman los canarios flauta y anuncios en el descanso del cine para que a todos se nos revuelvan las tripas de las porquerías que se meten los animalitos entre pecho y espalda.

Menos mal que ha vuelto la rabia, porque a lo mejor con ella se arreglan muchas cosas. Está uno por pensar que no hay quizá más solución que soltar por el país muchos perros con rabia, miles de perros rabiosos.

Y así, seguro que se arreglan muchas cosas. Por ejemplo, el problema del agua. ¡Ea!, se acabaron los llantos por la España árida, los Lucas Mallada y los Macías Picavea. Con una buena hidrofobia de origen canino, ¿quién va a echar de menos el agua en Santa Cruz de Tenerife o en Carmena?

Y quien dice el agua dice un montón de cosas. Rabia, rabia es lo que nos falta. Que muerda un perro a Rafael de Paula, y ya verán la rabia que le entra, que ni lo tiene que detener la pareja ni nada, venga a matar toros y más toros como quien va a la oficina, como un Luis Miguel Dominguín cualquiera. Que le muerda un perro al millón de obreros parados que dicen que tenemos, verán qué rabia para subirse al andamio, para coger el tren camino de Alemania. Que le muerda un perro a la balanza de pagos, verán qué jilocha se nos pone. Y al turismo, y a las reservas de oro, y a la construcción.

Además, así, nos podríamos un día dar el gustazo de matar al perro. Y ya se sabe, que muerto el perro se acabó la rabia. ■ ANTONIO BURGOS.